

lingüísticos que propugna la figuración experiencial, y rechaza la servidumbre referencial de una palabra lírica que percibe instrumentalizada por el poder; por el contrario, sustraerse al empleo estrictamente instrumental del lenguaje a través de procedimientos desautomatizadores parecería el único modo de construir un pensamiento susceptible de cuestionar la concepción instituida de la realidad. De ahí que la enunciación realista de la poesía de la experiencia –cuya «legibilidad» promovería por otra parte la inercia crítica– sea percibida como un discurso anestésico que propicia el afianzamiento de «lo de siempre» burgués.

A la oposición de los grupos cordobés, vallisoletano y valenciano se suma últimamente un coro heterogéneo de voces –*radicales, marginales y heterodoxas*– a caballo entre la resuelta voluntad de compromiso político y la rebeldía individualista más o menos iconoclasta y marginal²⁹. Dentro de su diversidad, las reacciones suscitadas desde este frente poético se adhieren a la condena de un discurso hegemónico «connivente» con la realidad estatuida. Esta confrontación puede marcarse comenzando por un marbete –así, *Voces del Extremo*– que subraya su condición de marginalidad o su conciencia periférica frente al supuesto talante «oficialista» de la poética experiencial³⁰. Quienes enfrentan la labor de insumisión ideológica a través de un asedio directo de los problemas colectivos interpretan la elusión de tales asuntos como un modo de anuencia, y censuran la aparente profilaxis política de unos discursos que permanecen interesadamente asentados en el núcleo de la ideología burguesa. Por otra parte, las «voces del extremo» reconocen también en el código estético de la poesía de la experiencia un síntoma de la complicidad con el

²⁹ *Radicales, marginales y heterodoxos* es el subtítulo de la antología *Feroces*, de Isla Correyero (Barcelona, DVD, 1998), que reúne a un amplio repertorio de poetas instalados en estas opciones.

³⁰ El conjunto de poetas onubenses bautizados como *Voces del Extremo* toma su nombre de los encuentros anuales que desde 1999 se vienen celebrando en Moguer bajo la batuta de Antonio Orihuela. Una exposición de sus postulados estéticos puede encontrarse en los volúmenes colectivos de poesía y teoría *Voces del Extremo [Las voces de la poesía española al otro extremo de la centuria]*, Moguer, Fundación Juan Ramón Jiménez, 1999, y *Voces del Extremo: poesía y conciencia*, Moguer, Fundación Juan Ramón Jiménez, 2000.

sistema vigente, aunque no impugnen ahora su enunciación realista, sino un uso tradicionalista de la lengua poética que se atiene a los parámetros más convencionales del género. No muy lejos de esta opción estética, el llamado «realismo sucio» opone al modelo lingüístico experiencial la elección provocadora de una expresión antipoética, orgullosamente instalada en el feísmo, en nombre de una vocación de honestidad a lo real que no reconoce en unas voces amaneradas y frívolas, embutidas «en el corsé retórico de la literatura». En otro sentido, esta propuesta que confía su potencia crítica al relato de la alienación y la marginalidad social, condena los productos estéticos de la poesía de la experiencia por su inhibición frente a la problemática cotidiana; y así uno de sus principales cultivadores, Roger Wolfe, define a sus colegas como «una conjura de necios que bien podrían estar viviendo en Marte, porque no se enteran absolutamente de nada»³¹.

Esta no es la menos poderosa de las razones por las que la voz política de Jorge Riechmann se sitúa al margen de la tendencia dominante. En su primer ensayo de reflexión estética, *Poesía practicable* (1990), ya introduce el «matiz esencial» que le lleva a distanciarse de la poética de la experiencia: «los poetas deben hablar desde su vida, pero no de su vida»³². La banalización de la anécdota autobiográfica, propia de las manifestaciones más epigonales de la tendencia, encuentra su caricatura en las teorizaciones del poeta, que por un lado denuncia la escualidez de la «experiencia prototípica» que nutre una sustancia de contenido codificada como producto de escuela:

Uno empieza a escamarse ante el enésimo «poema de la experiencia» cuya experiencia se resume, más o menos, en lo siguiente: anoche fui de copas, vi a muchas tías buenas, sentí la melancolía de la juventud perdida. [...] Se empieza diciendo que uno quiere aceptar la finitud de la vida, y a renglón seguido ya se ha reducido la vida a una barra de bar. Francamente (y con

³¹ Véase Roger Wolfe, *Hay una guerra*, Madrid, Huerga y Fierro, 1997, pp. 78 y 136.

³² Jorge Riechmann, *Poesía practicable*, *op. cit.*, p. 32.

todos los respetos para *barmen* y clientes de bar), yo prefiero espacios más abiertos³³.

Y censura, por otro lado, la despreocupación de esta lírica por la capacidad transformadora del sujeto (la futilidad de una supuesta «experiencia» que no pasa de mero «pasatiempo») y las limitaciones temáticas de un discurso que orilla los problemas de alcance colectivo³⁴. Sin dejar de advertir sobre la injusticia de cualquier generalización, directos al corazón de la poesía de la experiencia lanza Riechmann estos versos de *La estación vacía* (2000): «A quien se declara realista / hay que preguntarle lo primero / realista de qué realidades». Y en consecuencia, el poeta cuestiona la proclamada «utilidad» de esta escritura, categoría puesta en circulación por Luis García Montero como uno de los formantes del ideario experiencial:

Yo también estoy a favor de la poesía *útil* (aunque me parece que el adjetivo *practicable* abarca más cosas). Pero cuando se habla de *poesía útil* hay que preguntar enseguida: ¿útil para quién? La poesía tiene que medirse con la realidad entera, sin amputaciones. Con mayor razón en la cámara de tortura, en la sociedad escindida, en el planeta que agoniza. Cuando la poesía no mira de frente a las luchas de clases –y al resto de las

³³ Jorge Riechmann, «El derrotado duerme en el campo de batalla», *Ínsula* [«Los pulsos del verso. Última poesía española»], 565 (enero 1994), pp. 31-32.

³⁴ Véase la citada poética «El derrotado duerme en el campo de batalla» y su respuesta al cuestionario de Miguel Munárriz y Fernando Labra en *Últimos veinte años de poesía española* (Oviedo, Fundación Municipal de Cultura, 1993, p. 202): «Si el famoso marciano tuviera que aproximarse al mundo contemporáneo a través de una selección de poesía española recién publicada [...], seguramente ignoraría el riesgo de calentamiento climático del planeta, los problemas derivados de las grandes migraciones y los choques culturales, o las conexiones entre los ahítos de aquí y los muertos de hambre de allá, por no citar más que tres fenómenos para mí no insignificantes. Sería necio afirmar que un buen poema, para serlo, tiene que hablar de estas cosas o de otras parecidas. Lo único que digo es que, para mi gusto personal, la poesía que se dedica minuciosamente a orillar estas cosas u otras parecidas me resulta un poco estrecha».

luchas sociales donde se decide la suerte de nuestro mundo—, acaba perdiendo la cara³⁵.

Pero también a propósito de las posturas ante el lenguaje discute Riechmann con la poesía de la experiencia, alineándose ahora con el experimentalismo crítico de los autores valencianos o del grupo de Valladolid. Desengañado de la ilusión de un lenguaje transparente, combate con contumacia teórica el modelo realista de la «poética de la normalidad», pues encuentra en la convención figurativa un angosto realismo mimético que se opone a la tarea indagadora e instaura una mirada unidimensional, amputadora de amplias parcelas de la realidad. La fidelidad a lo real dependería de una mirada perspectivista e integradora, sólo posible desde la emancipación frente a los esquemas tipificadores de la ideología dominante; pero sustraerse a sus mistificaciones exige liberarse de la rigidez referencial del lenguaje (pues sus sentidos no pueden sino sancionar las certidumbres y las estructuras asentadas) e instalarse en una palabra experimental que arroje como saldo un producto estético abierto, radicalmente polisémico, en cuya tarea de descodificación corresponde al lector un papel activo. Y así Riechmann combate también «la histórica exigencia de inteligibilidad» de los poetas de la experiencia, pues en ese resquicio para la coproducción o la coautoría —que al cabo no implica sino una «socialización» del producto— encuentra un componente mucho más profundamente democrático que en el «antielitista» prurito de transparencia de la figuración experiencial: éste, dirigiendo la interpretación del poema, clausurando su sentido, no hace sino imponer una realidad estrecha y de sentido único³⁶.

Por más que algunos insistan en que, en el fondo, la polémica entre experiencia y las diversas poéticas *otras* no existió, pues los

³⁵ Jorge Riechmann, «Por un realismo de indagación (Homenaje a Joan Brossa)», en *Canciones allende lo humano*, Madrid, Hiperión, 1998, p. 134.

³⁶ Véase Jorge Riechmann, «Por un realismo de indagación (Homenaje a Joan Brossa)», *op. cit.*, pp. 129-134 y «Empeños», *Zurgai* [«Poesía de la conciencia»], diciembre de 2003, p. 22.